

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(99)/ST/13
1º de diciembre de 1999

(99-5262)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Tercer período de sesiones
Seattle, 30 de noviembre - 3 de diciembre de 1999

Original: inglés

CANADÁ

Declaración del Excmo. Sr. Pierre S. Pettigrew, Ministro de Comercio Internacional

Es para mí un honor estar presente en Seattle para representar al Canadá, en un momento en que nos esforzamos por iniciar una nueva ronda de negociaciones comerciales mundiales.

Como todos sabemos, hay actividad tanto dentro como fuera de este edificio.

En nuestras múltiples sesiones plenarias y reuniones más informales, nos ocupamos a menudo de complejas cuestiones de procedimiento, pero todas se basan en una pregunta muy simple: ¿Cómo? ¿Cómo podemos ponernos de acuerdo para iniciar esta nueva ronda? ¿Cómo encontrar el espíritu de compromiso que nos permita cosechar los frutos de tantos años de duro trabajo y de esfuerzos por elaborar normas basadas en principios?

Pero fuera de aquí, en comunidades de todo el mundo, algunos ciudadanos se plantean otra pregunta: ¿por qué? Estén a favor o en contra del libre comercio, se preguntan: ¿por qué es esencial la OMC? ¿Por qué necesitamos seguir liberalizando el comercio mundial? ¿Por qué no simplemente apreciar los avances logrados y ralentizar este proceso?

La respuesta a ambas preguntas se encuentra en el futuro, en la clase de mundo que queramos seguir construyendo.

La generación de la segunda guerra mundial examinó los problemas del planeta y decidió crear unas instituciones fuertes y democráticas, que han marcado profundamente nuestra evolución social y económica. El GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio) y la OMC forman parte de esa herencia, de esa progresiva unificación del mundo que ha contribuido a nuestra prosperidad y ha servido a la causa de la paz.

Creo que en este momento nos encontramos en una encrucijada de la historia que, aunque bien diferente, no es menos importante.

Nuestras sociedades están experimentando profundos cambios, impulsados principalmente por la tecnología. Es un fenómeno que la mayoría de nosotros llamamos mundialización.

La promesa de enormes oportunidades y posibilidades de apertura en los ámbitos económico, social e intelectual que entraña este fenómeno suscita el entusiasmo de muchos de nosotros. Se trata de un acercamiento sin precedentes.

Sin embargo, al igual que en otros períodos de grandes cambios, tales como la revolución industrial, algunos ciudadanos se ven excluidos. Muchos de nosotros somos conscientes de que por muy eficientes que sean las economías de mercado, las sociedades de mercado dejan mucho que desear.

Así pues, es importante que no nos perdamos en nuestra ideología ni adoptemos posturas excesivamente rígidas.

Los canadienses sabemos bastante de la importancia de la diversidad cultural y el pragmatismo.

Fundamos y construimos una sociedad que se aleja del modelo tradicional del Estado-nación, y nuestro país se ha edificado sobre la base del compromiso, la flexibilidad y la diversidad.

Creo que este mismo espíritu de flexibilidad podría ayudarnos a adelantar en las conversaciones de esta semana.

Para empezar, seguramente estaremos de acuerdo en que no es aceptable un sistema de comercio mundial en el que algunos países todavía están lejos de ser miembros de pleno derecho, y cuyos ciudadanos no se benefician de las ventajas del comercio mundial.

La mejora del acceso a nuestros mercados y de la asistencia técnica para los países menos adelantados debe ser una prioridad en la nueva ronda de conversaciones. De no ser así, corremos el riesgo de que aumente la disparidad entre países ricos y países pobres.

Permítanme que me refiera ahora a una prioridad que es fundamental para el Canadá: la agricultura. Estas nuevas negociaciones deben tener como resultado la eliminación de las subvenciones a la exportación, la reducción drástica de todas las subvenciones internas que distorsionan el comercio y una mejora sustancial del acceso a los mercados. Una vez más, nos enfrentamos a las consecuencias de una guerra de subvenciones agrícolas. Esta situación, que perjudica gravemente a la agricultura de los países en desarrollo y está hundiendo los ingresos de los agricultores en países como el Canadá, no puede continuar.

La coherencia y la coordinación entre las diversas organizaciones internacionales es también de una importancia vital. Con demasiada frecuencia los países se ven atrapados en un tira y afloja entre las visiones o políticas extremadamente diferentes, por no decir contradictorias, de las organizaciones internacionales clave.

Por este motivo, el Canadá ha propuesto la creación de un grupo de trabajo sobre la mundialización a fin de garantizar que la OMC trabaje en coordinación con la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo), la OIT (Organización Internacional del Trabajo), el PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente), el FMI (Fondo Monetario Internacional) y otros.

Con respecto a los servicios, el Canadá ha dejado claro que el AGCS (Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios) debe seguir siendo un acuerdo basado en el criterio de indicación expresa de los compromisos, que permita a los países disponer de flexibilidad para liberalizar los servicios que consideren beneficiosos para sus ciudadanos, conservando al mismo tiempo el derecho de velar por sus intereses sociales más esenciales.

Por último, debemos esforzarnos en hacer de la OMC una organización en la que los ciudadanos de todo el mundo se sientan a gusto. Debemos proporcionar más información a nuestros ciudadanos, y con más celeridad. Debemos seguir invitándolos a participar y seguir escuchando sus opiniones.

Así pues, la transparencia debería ser un principio rector. Esta semana hemos tenido un buen comienzo, pero todavía hay mucho por hacer en este frente. La OMC no puede solucionar todos los problemas del mundo, pero cuanto más aproveche los conocimientos, la energía y el poder innovador de los ciudadanos del mundo, más ganará en fuerza y en representatividad.
